

SABERES

Revista de estudios jurídicos, económicos y sociales

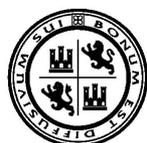
VOLUMEN 1 ~ AÑO 2003

Separata



EL MIEDO AL DESEMPLEO: TEORÍAS Y PROFECÍAS SOBRE EL OCASO DEL TRABAJO

Antonio Martín Cabello



UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO
Facultad de Estudios Sociales
Villanueva de la Cañada

© Antonio Martín Cabello

© Universidad Alfonso X el Sabio
Avda. de la Universidad,1
28691 Villanueva de la Cañada (Madrid, España)

Saberes, vol. 1, 2003

ISSN: 1695-6311

No está permitida la reproducción total o parcial de este artículo ni su almacenamiento o transmisión, ya sea electrónico, químico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

EL MIEDO AL DESEMPLEO: TEORÍAS Y PROFECÍAS SOBRE EL OCASO DEL TRABAJO*

Antonio Martín Cabello**

RESUMEN: El presente artículo trata de reflejar las principales teorías y profecías sobre el ocaso del trabajo. Se recogen los teóricos más destacados del fin del trabajo y los argumentos que esgrimen para postular un cambio en la estructura económica profunda de nuestras sociedades. Finalmente, se rechazan estos argumentos, centrando el debate en las condiciones institucionales que condicionan la tasa de desempleo.

PALABRAS CLAVE: política económica, sociología del trabajo, desempleo, fin del trabajo.

SUMARIO: 1. Introducción.- 2. Profecías sobre el ocaso del trabajo.- 3. Una política económica pesimista: el rechazo del pleno empleo.- 4. Conclusiones.

1. Introducción

El desempleo es un fenómeno que preocupa a los ciudadanos de las principales economías. En Europa y España es una de las principales inquietudes de las ciudadanías. Además, los ciudadanos europeos desconfían del futuro, piensan que sus hijos ya no vivirán tan bien como lo han hecho ellos. En este contexto de desencanto y miedo al futuro han surgido una serie de teorías y autores que pronostican un porvenir sin trabajo. Son las que podemos denominar “profecías sobre el fin del trabajo”. Su éxito ha sido enorme y han pasado a formar parte del debate cotidiano, sobre todo en los periodos bajos del ciclo económico. Dejando de lado la función lenitiva que estas teorías puedan tener, revisaremos qué postulan y en qué términos expresan el advenimiento de la sociedad sin trabajo.

2. Profecías sobre el ocaso del trabajo

El norteamericano Jeremy Rifkin es quizá el más conocido e influyente autor que sustenta una visión pesimista sobre el empleo. En su obra *El fin del trabajo* mantiene que la tecnología está sustituyendo al trabajo humano en el proceso productivo y que el desempleo es un fenómeno estructural:

* Publicado inicialmente en <http://www.uax.es/iurisuax> año 2002.

** Profesor de la Facultad de Estudios Sociales. Universidad Alfonso X el Sabio.

En la actualidad, por primera vez, el trabajo humano está siendo paulatina y sistemáticamente eliminado del proceso de producción. (...) Las máquinas inteligentes están sustituyendo, poco a poco, a los seres humanos en todo tipo de tareas, forzando a millones de trabajadores de producción y administración a formar parte del mundo de los desempleados, o peor aún, a vivir en la miseria (Rifkin, 1996: 23).

Los procesos de “reingeniería” se suceden para “redimensionar” las plantillas o, en otras palabras, eliminar el excedente de mano de obra que la aplicación de nuevas tecnologías produce. Ni las políticas activas de actuación en el mercado de trabajo, sobre todo formación, ni las de actuación sobre la demanda, parecen solucionar el problema de un desempleo estructural de origen tecnológico pues no hay puestos en los que colocar a la mano de obra sobrante. Para Rifkin, el problema de fondo es que cada vez menos trabajadores y más maquinaria son capaces de generar los bienes y servicios que demanda la sociedad. El problema, por tanto, es: ¿quién comprará los bienes y servicios que las fábricas producen sin apenas concurso humano, si el Estado no puede seguir impulsando la demanda y los desempleados carecen de rentas para ello? En Estados Unidos, apunta, la solución que se ha buscado es el crédito al consumo; ya que, de un lado, las propuestas de reparto del trabajo fracasaron y, de otro, el gasto estatal, tanto militar como en el Estado de Bienestar, parece haber tocado techo.

El fenómeno estructural es fruto de “la transición hacia una sociedad de la información prácticamente carente de trabajo (que) es la tercera y última etapa de un gran cambio en los paradigmas económicos marcados por la transición desde las fuentes renovables a las no renovables y desde las fuentes biológicas de poder a las mecánicas” (Rifkin, 1996: 85).

Consecuencia de esta transición es el nacimiento de una subclase cada vez más amplia de desempleados apartados del flujo laboral y sus beneficios. Además, la empresa se adapta a las tecnologías de la información con métodos de producción postfordistas y flexibles. El trabajo se ve afectado por los procesos de reingeniería que elimina puestos de trabajo a ritmo creciente, tanto que “análisis sobre recientes desarrollos tecnológicos y tendencias en los sectores agrícola, manufacturero y de servicios sugieren que un mundo cercano a la ausencia de trabajo se está aproximando a pasos agigantados y puede llegar antes de que la sociedad tenga tiempo suficiente, tanto para debatir sus importantes consecuencias como para prepararse plenamente frente a su impacto generalizado” (Rifkin, 1996: 136).

La tecnología está sustituyendo empleo en los tres sectores: en la agricultura, la industria e incluso en los servicios. Además, se está produciendo una redistribución de la riqueza que beneficia a los directivos y accionistas, y que olvida a los trabajadores. Y no sólo los trabajadores se ven afectados, sino que la clase media también sufre las consecuencias de los procesos de reingeniería. Y, sin embargo, los responsables de la gestión de las grandes empresas han sabido sacar partido de la situación. La polaridad social es una consecuencia inevitable de ese planteamiento.

Se detecta, así mismo, un alarmante crecimiento de las patologías producidas por la contratación en precario y la violencia antisocial. Por ejemplo, mediante el azote del estrés o los estallidos de violencia en todo el mundo. Las elites beneficiadas de la nueva economía basada en la información, tienen a recluirse en barrios “acorazados”, protegidos por equipos de seguridad privada. Y, pese a lo que pueda parecer, el fenómeno se entiende a todo el planeta, desarrollado o no, pues en Europa o América Latina se producen los mismos hechos.

Por tanto, la solución, mantiene Rifkin, no puede ser un volver sobre antiguas fórmulas, sino que nuestras sociedades han de repensar como afrontar el problema del desempleo estructural que producen las nuevas tecnologías. A pesar del aumento de productividad, que en buena medida debería venir acompañado de una reducción de la jornada laboral (20 o 30 horas semanales), el trabajador estadounidense ha visto aumentada su jornada laboral: “más del 25% de los trabajadores a tiempo completo trabajan cuarenta y nueve horas, o más, por semana” (Rifkin, 1996: 263). La propuesta de una semana laboral más corta ha tenido una excelente acogida entre sindicalistas, políticos y economistas. Y, sin embargo, pese al éxito de experiencias piloto (Volkswagen, Hewlett-Packard...), la mayoría de los directivos siguen opuestos a la idea. Si se carece de trabajo en masa, será necesario realizar una redefinición del papel del individuo en sociedad, es decir, habrá que realizar un nuevo “contrato social”. Por un lado, el trabajador deja de ser central en el proceso productivo y, por otro, el estado-nación pierde importancia ante las multinacionales y la economía basada en la información. Esto producirá: un recorte en la jornada laboral y el aumento del tiempo de ocio para muchos trabajadores y, en segundo lugar, la aparición de una subclase de personas desempleadas. Estas personas pueden ser dirigidas a tareas constructivas más allá de los sectores públicos y privados. Se trataría de reforzar la comunidad mediante el voluntariado, en lo que se ha llamado “economía social”.

Para conseguir esta “economía social” o “tercer sector”, Rifkin propone varias medidas, entre las que incluye exenciones fiscales y la idea de un salario social o renta mínima garantizada, siempre que el individuo colabore con la comunidad mediante diversas organizaciones (organizaciones no gubernamentales, asociaciones vecinales, grupos parroquiales...), que componen el tercer sector. La solución, por tanto, pasaría por recomponer la economía en un ente que agrupe el mercado, el estado y el tercer sector. Este último, claro está, sería el encargado de absorber el excedente de mano de obra producido en los otros dos sectores.

En la misma línea de pensamiento encontramos *El horror económico* de Viviane Forrester (1997), que se convirtió en un *Best-Seller* desde el momento de su publicación. El libro en un tono más literario y combativo que analítico, parte de la suposición de que el trabajo es un concepto muerto dentro de la economía actual: “el trabajo, considerado nuestro motor natural, (...), se ha convertido hoy en una entidad desprovista de contenido” (Forrester, 1997). El trabajo como base de nuestras sociedades se ha convertido en un mito, ocultándose la verdadera transformación que ha eliminado el concepto de trabajo. Se enfrenta a los trabajadores a un sistema basado en el trabajo, cuando este ya no existe. Todos los cambios del mundo: deslocalización, sociedad de la información, empresa flexible..., son muestras de un mismo fenómeno que el discurso imperante, el llamado “pensamiento único”, trata de ocultar. El trabajador desempleado es culpabilizado de su situación, cuando es un elemento sometido a una lógica superior que desconoce y que se le impone. Se crea una sociedad de dos niveles, con un centro valorado porque crea beneficio, valor añadido, y una periferia que no crea beneficio y no cuenta para la sociedad. Además, los mecanismos de la sociedad, como señalamos, hacen recaer la culpa de su situación sobre los mismos desempleados que no han hecho suficiente para ser “empleables” –cuando en realidad no lo pueden ser porque no existe el empleo. El libro culmina con un llamamiento para salir del adormecimiento en el cual están sumidas las sociedades occidentales y que impide reaccionar ante esta nueva situación

En tercer lugar, Ulrich Beck ha publicado recientemente el libro *Un nuevo mundo feliz* (2000), donde expone su visión sobre el problema del desempleo estructural que azota las naciones industriales. Significativamente, el subtítulo es *La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, pues su tesis central es que estamos asistiendo a una precarización del empleo en toda Europa. Se trata de una brasiñelización consecuencia de la utopía neoliberal del libre mercado. En los países semi-

industrializados como Brasil, los trabajadores por cuenta ajena a tiempo completo son una minoría y, sin embargo, en las modernas sociedades posmodernas de “pleno empleo” donde nos creemos lejos de este fenómeno, el número de trabajadores precarios similares a los de Brasil está creciendo. Beck prevé que en Alemania en solo diez años solo un 50% de los trabajadores tendrá empleo estable.

La economía política de la inseguridad en la que estamos inmersos se caracteriza por:

- 1) Estados vinculados a los territorios y agentes económicos desvinculados.
- 2) La opción de los Estados entre pagar a los desempleados o tener un alto índice de pobreza con escaso desempleo.
- 3) Las personas se ven sustituidas por tecnologías inteligentes.
- 4) Una crisis del empleo, de las pensiones y del Estado de Bienestar.
- 5) Las estrategias ortodoxas que enfatizan la flexibilidad.

Para Beck, en consecuencia “cuantas más relaciones se “desregularizan” y “flexibilizan” más rápidamente se transforma la sociedad laboral en una sociedad de riesgo (...) la inseguridad endémica será el rasgo distintivo que caracterice en el futuro el modo de vida de la mayoría de los humanos” (2000: 11).

Se está resquebrajando el modelo de sociedad actual que vincula los ciudadanos-trabajadores con la democracia y el Estado de Bienestar. El capitalismo de “sólo beneficios” es el causante. La antítesis de la sociedad del trabajo, sin embargo, no es la sociedad del ocio, sino de los ciudadanos activos, del hacerlo uno mismo. Propone pasar de una sociedad laboral a una sociedad civil activa:

La revitalización de la democracia comunal va unida a los siguientes requisitos laborales dentro de la sociedad ‘multiactiva’:

Reducción del tiempo de trabajo para todos los empleos a tiempo completo;

Tanto las mujeres como los hombres deben tener abiertas las puertas al trabajo remunerado, siempre y cuando así lo deseen;

El trabajo con los mayores y los pequeños debe estar asimismo reconocido socialmente como trabajo cívico, artístico, cultural y político, y dar derecho a una pensión y un seguro médico.

La dedicación simultánea al trabajo convencional y al trabajo cívico entraña también el reparto de obligaciones familiares entre hombres y mujeres (Beck, 2000: 15).

No son los únicos autores que sustentan estas teorías, ya que existe una corriente de pensamiento que acepta el desempleo como una consecuencia de la estructura de nuestras sociedades y tiene a ver la imposibilidad de volver al pleno empleo o, al menos, al empleo masivo. Así, por ejemplo, en España encontramos a Luis Racionero que mantiene que el desempleo es un fenómeno estructural y que la única posibilidad de solución radica en el reparto del trabajo:

El paro de los años ochenta es un problema estructural, es decir, de largo plazo, y proviene de una contradicción interna del sistema industrial: pretender, a la vez, automatizar y mantener el pleno empleo a cuarenta horas semanales. (...) La solución consiste en que trabajen todas las personas menos horas, con lo cual no habrá parados, y que la producción de las máquinas se reparta eliminando plusvalías, de modo que todo el mundo cobre lo necesario para mantener su nivel de vida como cuando trabajaba cuarenta horas (Racionero, 2000: 167).

Y en la misma línea, la izquierda europea más alejada de los planteamientos oficiales de la socialdemocracia, es decir, los sindicatos, partidos comunistas y corrientes socialdemócratas no ortodoxas también mantienen muchos de los presupuestos y soluciones de las teorías pesimistas. Así, por ejemplo, la última corriente socialdemócrata con cierto peso: la *tercera vía*, basa sus propuestas sobre el empleo en algunos de los presupuestos del “fin del trabajo”:

Las rigideces del mercado laboral, al igual que una legislación estricta sobre el empleo, no influyen fuertemente en el desempleo. El alto desempleo está ligado a prestaciones generosas que continúan indefinidamente y a pobres niveles educativos en el extremo inferior del mercado laboral –el fenómeno de la exclusión (Giddens, 1999: 144).

Por tanto, la tercera vía, mantiene Anthony Giddens, no puede aceptar la desregulación como solución. Los gobiernos pueden intervenir en cinco áreas clave: apoyo a la iniciativa empresarial, al educación permanente, asociaciones para proyectos públicos, aumentar la movilidad y, por último, apoyar políticas de trabajo compatibles con la familia. No obstante, se desconfía de la posibilidad, o al menos se expresa la incapacidad, de prever si el pleno empleo podrá ser alcanzado de nuevo. La solución podría ser la *economía social* (salarios indirectos, renta social...), ya que la reducción de la jornada por vía legal parece difícil.

En *The Third Way and its Critics* (2000), afirma Giddens que la política macroeconómica de los estados se debe centrar en controlar el gasto estatal

y la inflación, para llegar a medidas activas de oferta que consigan crecimiento y alto nivel de empleo. Las políticas activas pueden ser complementadas por el *tercer sector* y el cultivo del capital social. En definitiva, la tercera vía se decanta por las políticas activas basadas en una actuación sobre el mercado de oferta y desconfía de la posibilidad de volver al pleno empleo, por lo que sugiere que estas políticas sean compensadas con la inversión en el nuevo *tercer sector*.

Otro gran abanderado de esta corriente crítica ha sido y es el Club de Roma. En el informe que Orio Giarini y Patrick M. Liedke (1998) presentaron se acepta la necesidad de replantear completamente el sistema que hasta el momento se viene usando para combatir el desempleo. Creen que se puede alcanzar el pleno empleo, o al menos luchar para conseguirlo, pero cambiando el esquema productivo actual de nuestras sociedades. La economía de servicios en que vivimos funciona en tres estratos: empleo o trabajo remunerado, las actividades de autoproducción y las actividades productivas benéficas. Para solucionar el grave problema del desempleo estructural habría que implantar un sistema basado en:

- 1) La intervención estatal en el primer estrato. Se remuneraría a un nivel mínimo, de los 18 a los 78 años y se trabajarían unas 20 horas por semana.
- 2) No habría intervención estatal más allá del primer nivel. Su misión se reduciría a proveer una red social mínima y a permitir la iniciativa privada.
- 3) La “profesión” vendría dada más allá del primer nivel, es decir, por lo que el individuo hiciera en el segundo o tercer nivel.
- 4) Se debería promover una unión más estrecha entre enseñanza y trabajo.
- 5) Se permitiría la jubilación gradual.
- 6) Finalmente, se daría mayor flexibilidad al mercado laboral.

Las medidas básicas de las políticas gubernamentales serían: crear un entorno económico para el desarrollo de la iniciativa privada en el segundo estrato; mejorar el valor del trabajo de autoproducción; y, en tercer lugar, crear un primer estrato básico de empleo a tiempo parcial de toda la población capacitada.

3. Una política económica pesimista: el rechazo del pleno empleo

Todas estas teorías, que podríamos denominar de la escasez o teorías no-ortodoxas, han propuesto cinco grandes grupos de soluciones (Santos Ortega, 1995):

- 1) La reducción de la jornada de trabajo. “Se confía en que las reducciones se traduzcan en nuevos puestos de trabajo; este es su aspecto problemático ya que se conseguirán o no dependiendo del grado de disminución del tiempo de trabajo y de cómo la productividad absorba el tiempo reducido” (Santos Ortega, 1995: 197). La medida será viable si cumple los siguientes requisitos: aumentar la productividad o al menos mantenerla, reducir los salarios y las cargas sociales, favorecer la demanda y no incrementar el déficit público. La dificultad es aunar estas exigencias: por ejemplo, como compaginar la reducción de salarios y cargas sociales con el aumento de la demanda si los trabajadores y el estado tienen menos dinero para gastar.
- 2) Reparto del empleo. “El procedimiento consiste en que (las) empresas en crisis ofrecen a los trabajadores reducciones de la jornada de trabajo –siempre a cambio de contrapartidas económicas relevantes- con la garantía de que no se eliminarán empleos” (Santos Ortega, 1995: 198). Estas medidas tienen el dificultad de transferir un problema individual a la colectividad, de que son acuerdos limitados y que solamente ayudan a los empleados.
- 3) Nuevos usos del empleo y ocupación en el “nuevo sector terciario” desmercantilizado. Se trataría de crear una sociedad con un nuevo esquema de valores, donde el concepto de reciprocidad adquiriría nuevos tintes y muchas necesidades de los ciudadanos se resolverían en un tercer sector alejado del mercado. El peligro sería la posibilidad de una sociedad dual con un sector de población viviendo en este “tercer sector” y otro disfrutando de las altas rentas y ventajas del mercado.
- 4) Soluciones “verdes” o que buscan compaginar trabajo, empleo y ecología. Esta escuela critica la noción de crecimiento ilimitado presente en el capitalismo y propone un crecimiento sostenido en los sectores más moderados y en ciertos ámbitos radicales un profundo cambio de valores y estilos de vida.

- 5) Desvincular la renta del trabajo: la idea del salario social. “La idea fundamental que se trata en esta propuesta es conceder a todos los ciudadanos una renta basada en el reparto social de la riqueza que consienta la existencia de cada ciudadano. Por lo general esta renta tendría el rango de derecho y estaría exenta de cualquier tipo de contrapartida” (Santos Ortega, 1995: 202). Esta idea supondría un cambio fundamental en la forma en que son gestionadas nuestras sociedades y supone profundas transformaciones en los esquemas filosóficos, morales y políticos de estas. De hecho, sería una transformación radical del sistema económico y social que ha regido durante toda la modernidad.

Este conjunto de teorías parece apuntar a la imposibilidad de regresar a una economía de pleno empleo, tal y como de daba en Europa antes de la crisis de 1973. Se suelen proporcionar seis argumentos principales para demostrar que es imposible alcanzar el pleno empleo hoy día (López-Aranguren, 1998):

- 1) Han circulado teorías que postulaban la posibilidad de un crecimiento económico sin crecimiento en el número de empleos creados. Los datos demuestran lo contrario, si hay crecimiento económico se produce crecimiento en los niveles de empleo. Ahora bien, asunto diferente es el nivel de crecimiento necesario para llegar al pleno empleo y la calidad del empleo creado.
- 2) La competencia y la deslocalización hacen que el empleo en los países industrializados esté en peligro. Esto ha sido rebatido también por los informes de la Organización Internacional del Trabajo, puesto que el comercio hacia los países no industrializados es muy pequeño, siendo mayor el interno entre países industrializados. Además, el porcentaje de exportaciones hacia los países en vías de desarrollo ha aumentado sobre las importaciones.
- 3) El efecto destructor de la tecnología sobre el empleo. Es cierto que las nuevas tecnologías han destruido empleo, si bien también es cierto que se ha creado empleo incluso en mayor cantidad derivado de la implantación de estas tecnologías. El problema es el periodo de tiempo necesario para adapta la mano de obra al uso de las nuevas tecnologías.
- 4) Algunos economistas oficiales mantienen que si se reduce la tasa natural de paro se dispararía la inflación. Este hecho es

contradictorio con la situación de Estados Unidos, que ha reducido su tasa natural de desempleo sucesivamente, hasta obtener una tasa de pleno empleo cercana al 5%, manteniendo una inflación cercana al 1%.

- 5) El desarrollo y la creación de desempleo es consecuencia de los problemas medioambientales y el agotamiento de los recursos naturales. Ciertas lecturas tendenciosas de los informes del Club de Roma y de algunos grupos ecologistas sustentan esta opinión. Se aboga por el crecimiento cero y por nuevas formas de vida y de las condiciones sociales y económicas, enterrando el sistema surgido con la modernidad.
- 6) Finalmente, otro argumento es la redistribución del tiempo de trabajo, bajo el cual subyace la idea de que la economía no es capaz de crear empleo y que se debe distribuir el existente. Bajo el encontramos ciertas ideologías que ven el crecimiento como algo imposible o indeseable.

4. Conclusiones

El pleno empleo es puesto en duda por todas aquellas teorías que postulan un cambio en la estructura económica profunda, es decir, en la relación del trabajo con la producción: por aquellos estudios que se centran en la deslocalización y globalización, afirmando que la demanda se vuelve elástica y no es necesario mantener los esquemas de trabajo y bienestar actuales; y por los estudios centrados en la tecnología que afirman que el aumento del rendimiento marginal del trabajo reduce la cantidad de trabajo necesario en una sociedad dada, no siendo el ser humano un bien tan necesario ni en tanta cantidad para el sistema productivo. Los teóricos de la redistribución del trabajo aceptan implícitamente estos argumentos y como creen inviable el aumento del número de puestos de trabajo plantean el reparto del existente. De modo análogo, los teóricos del *crecimiento cero* consideran inviable el nivel actual de bienestar ante la incapacidad de producir más por lo cual plantean la necesidad de una reducción y reparto del bienestar existente. En definitiva, “las tesis contrarias al pleno empleo resultan débiles bien porque pretenden extraer conclusiones precipitadas sobre lo sucedido en periodos coyunturales de tiempo (...) o bien porque tomando como referencia los hechos acaecidos los manipulan para proponer modelos de cambio en el ser humano propios de sectas y grupos salvacionistas” (López-Aranguren, 1998: 110).

Todos estos autores tienen en común la creencia de que el pleno empleo ha muerto. Paradójicamente, los únicos que siguen creyendo en este son los economistas y estudiosos liberales neoclásicos y keynesianos. Si bien los primeros creen que se conseguirá mediante la flexibilidad del mercado laboral y los segundos mediante el aumento de la demanda agregada y la adecuación de la cualificación de la demanda requerida y la oferta existente. Y entre ambos modelos encontramos a la Unión Europea que pretende llegar al pleno empleo mediante una síntesis de keynesianismo inversor y de flexibilización del mercado laboral. La Unión Europea, pues, con un modelo mixto sigue apostando fuerte por el pleno empleo, basando sus propuestas en los modelos ortodoxos sobre el desempleo. Cuestos diferente es si las medidas propuestas servirán para alcanzarlo y en que medida paliarán el problema del desempleo.

Como mantiene Manuel Castells, se ha observado que Estados Unidos y Japón han creado empleo, absorbiendo incluso la incorporación de la mujer en el mercado de trabajo, mientras que la Unión Europea no pudo hacerlo. En un contexto global, incluso el desempleo industrial en los países de la OCDE se compensa en el tercer mundo:

Todos los datos apuntan al hecho de que el desempleo elevado es sobre todo un problema europeo, causado por políticas macroeconómicas desacertadas y por un entorno institucional que desalienta la creación privada de empleo (Castells, 2000, vol. 1: 282-284).

Además, dentro de la Unión Europea los países con mayor difusión de las tecnologías de la información son los que tienen menor tasa de desempleo. Con esto se contradicen los temores sobre la implantación de la tecnología.

Así pues, no se puede hablar de un ocaso del pleno empleo de modo genérico. Los mercados de trabajo y las diferentes estructuras económicas son fruto de condiciones institucionales y políticas concretas. La actuación de los gobiernos, así como la estructura social son elementos que condicionan la mayor o menor difusión del fenómeno del desempleo. Del mismo modo, la desigualdad estructural en la distribución de las rentas y la tecnología no son factores que se relacionen directa y negativamente con la estructura del empleo. Las teorías del ocaso del trabajo cometen el pecado de simplificar un fenómeno complejo como es el desempleo vinculándolo con una única variable explicativa.

Bibliografía citada

- BECK, Ulrich (2000): *Un nuevo mundo feliz. La precariedad en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona, pp. 199.
- CASTELLS, Manuel (2000): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid, 3 vols.
- FORRESTER, Viviane (1997): *El horror económico*, FCE, México, pp. 166.
- GIARINI, Orio y LIEDTKE, Patrick M. (1988): *El dilema del empleo El futuro del trabajo. Informe al Club de Roma*, Círculo de Lectores, Barcelona, pp. 285.
- GIDDENS, Anthony (2000): *The Third Way and its Critics*, Polity Press, Cambridge, pp. 203.
- (1989): *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, Madrid, pp. 198.
- LÓPEZ-ARANGUREN, Gonzalo (1998): «El modelo económico del fin de siglo» en *Sociedad y Utopía. Revista de ciencias sociales*, 11, Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid, pp. 95-111.
- RACIONERO, Luis (2000): *El progreso decadente. Repaso del siglo XX*, Espasa, Madrid, pp. 209.
- RIFKIN, Jeremy (1996): *El fin del trabajo*, Paidós, Barcelona, pp. 399.
- SANTOS ORTEGA, Jose Antonio (1995): *Sociología del trabajo*, Tirant lo Blanch, Valencia, pp. 216.